

FIDEICOMISO ARCHIVOS
PLUTARCO ELÍAS CALLES
Y FERNANDO TORREBLANCA

Plutarco Elías Calles.

Balance biográfico

de 1877 a 1920

Carlos Macías Richard

La vida temprana de Plutarco Elías Calles encarna con sobrada precisión esa convergencia afortunada de que gustan hablar los biógrafos en tiempos de conmoción social. Ilustra con claridad el decisivo encuentro entre una recia voluntad individual y el destino; revela la conjunción entre una habilidad personal y el ingrediente azar. En este breve artículo presentamos lo que a nuestro juicio constituyen los rasgos esenciales de aquella recia voluntad individual, así como del medio familiar, social y político que le acompañó, todo lo cual confluyó para formar a quien se considera uno de los políticos mexicanos más controvertidos y, sin duda, trascendentes del presente siglo.

Con objeto de establecer los aspectos que en nuestra opinión son fundamentales para este balance biográfico, nos inclinamos a privilegiar las siguientes estaciones dentro del itinerario personal:

a) La sensible influencia del legado familiar en el joven Plutarco Elías Calles, en especial el drástico reacomodo que provocó entre los descendientes de José Juan Elías la decadencia patrimonial experimentada en la segunda mitad del siglo XIX (véase la genealogía en el Documento 1);

- b) los constantes y múltiples ensayos vocacionales, cuyo punto de partida, en verdad significativo, fue el magisterio;
- c) la conformación de un carácter personal donde el esfuerzo, la independencia y la patente voluntad de figurar se erigieron como la mayor reacción ante el escasamente estimulante ámbito de socialización familiar, y
- d) la progresiva incorporación a las actividades políticas (1915-1920), en las cuales, desde sus diversos cargos, pone en práctica las convicciones ideológicas y morales de su formación, al tiempo que adopta con excepcional celo los compromisos de renovación social y de orden institucional postulado por el nuevo régimen.

En el contexto de la transformación política de la región sonorensis de los siglos XVIII y XIX —es decir, del establecimiento de las Provincias Internas a la creación del estado de Occidente—, la tercera generación de los Elías es, sin duda, la más notable e influyente de la familia. Asentada en los contornos de los presidios de avanzada demográfica de los criollos, esta familia se significó desde siempre por sus actividades guerreras.

En especial sobresalieron las figuras de Simón, José María y Juan Crisóstomo (sacerdote). El primero llegó a ser gobernador y comandante militar de Chihuahua y Nuevo México, e integrante del consejo de guerra que condenó a Miguel Hidalgo, a Ignacio Allende y a otros insurgentes. José María, por su cuenta, también combatió a las tropas insurgentes fuera de su estado; sin embargo, sus acciones mayores tuvieron lugar en Sonora: fue comandante general del estado y encabezó el pronunciamiento de Arizpe, en 1833, el cual preparó el terreno para encumbrar a uno de los más connotados caudillos sonorenses del siglo XIX, Manuel María Gándara.

En contraste, el hermano de ambos, Juan Crisóstomo, sacerdote formado en el seminario de Durango, optó por atender las inaplazables necesidades de catequización indígena en la Pimería Alta, al tiempo que veló con persistencia por la instrucción de los niños y jóvenes de Arizpe. A la larga, sus 90 años de vida le permitieron alentar e influir en tres generaciones sucesivas de los Elías y contribuir a evitar la dispersión familiar y la disolución de la propiedad agrícola patrimonial.

Los antepasados sonorenses de Plutarco Elías Calles representan el prototipo perfecto de los grandes propietarios agrícolas y ganaderos de la zona nororiental del estado (precursores, al lado de los Pesqueira, los Morales y los Díaz del Capiro, de la ahora llamada *cultura del esfuerzo*). De igual modo, constituyen uno de los mejores ejemplos de aquella aristocracia sonorenses —aislada económicamente del centro del país— que, por azares militares o por elemental movilidad social, ocupó con asiduidad las más elevadas posiciones burocráticas en la capital del estado, fuera ésta Hermosillo, Arizpe o Ures.

Pero tal vez la historia de la decadencia familiar de los Elías comience justo con la invasión francesa. Al padre y a los tíos de Plutarco Elías Calles, nacidos y formados en Arizpe y en Ures, les correspondieron tiempos de confusión, de guerra fratricida y, por tanto, de cambios súbitos de residencia. Es cierto que el abuelo José Juan —cabeza de familia— atendió en su momento, con tacto y buena fortuna, los numerosos fun-

dos agrícolas aún titulados a nombre de esta rama de los Elías, pero su inesperado sacrificio durante la lucha antiintervencionista,¹ así como las ulteriores tendencias legislativas enderezadas a activar las labores productivas y a fomentar la colonización, dieron al traste con el vínculo patrimonial. Al respecto, vale la pena reparar en el hecho de que, al menos en lo que se refiere al simbólico caso de los Elías Lucero asentados en el nororiente de Sonora, el liberalismo acabó por pulverizar irremediabilmente los grandes predios, al contrario de lo ocurrido en otras zonas del país.

El declive patrimonial se aceleró en 1883 y tomó desprevenida, viviendo ya en Guaymas, a la mayor parte de los Elías Lucero. Ahí fueron notificados de que habían perdido el derecho sobre 9 000 hectáreas por no haber trabajado ni habitado los fundos. Y la mala racha no terminó ahí. Entre el 21 de febrero y el 14 de marzo de 1884, la familia representada legalmente por Plutarco Elías Lucero (padre de nuestro personaje) fue privada por la misma razón de los predios Cerro Colorado y El Leoncito, los cuales tenían en conjunto una superficie de 13 126 hectáreas.² Conclusión: de un conglomerado de fundos aproximado a 60 000 hectáreas en 1880, los Elías vieron reducida su presencia regional a una cifra cercana a 15 000 en 1903.

En cuanto a los primeros años de Plutarco, resulta evidente la manera determinante en que influyó la coincidencia de los matrimonios de las hermanas Campuzano con los hermanos Calles. El fallecimiento de su madre, en 1880, provocó que fuera trasladado de Guaymas a Hermosillo al lado de sus tíos maternos Josefa Campuzano y Juan Bautista Calles (recuérdese que el apellido de su madre era Campuzano, no Calles), donde permaneció hasta los 20 años de edad. Con todo, a juzgar por la sucesión de evidencias, la infancia y la adolescencia de Plutarco transcurrieron

¹ Acerca de las condiciones en que perdió la vida el abuelo José Juan, véase de C.C. Beddome a Rafael Elías, en *The Bisbee Review*, Bisbee, Arizona, julio 29 de 1934. La traducción de la entrevista se encuentra en APEC, expediente 57: ELÍAS, Rafael, legajo 2/2, inventario 1721, fojas 18-40

² Archivo del Museo Regional del Estado de Sonora, Hermosillo, Son., legajo 1044, referencia 411, septiembre 21, 1885.

en un ambiente familiar en apariencia adverso, diríase competitivo y hostil (al lado de siete medios hermanos y un padre adoptivo riguroso), aunque no por ello ausente de alternativas. Al parecer, careció en lo absoluto de contactos y atenciones de los Elías durante toda su niñez, ya que las actas escolares de Hermosillo lo registraron, invariablemente, sólo como *Plutarco Calles*.³

Por lo demás, los primeros años en el ambiente escolar no fueron nada gratos; aún más: ni siquiera mínimamente estimulantes. Todo lo contrario. Su estancia fue accidentada y por momentos tormentosa. Durante la primera mitad de su instrucción, en la Escuela Número Dos para Varones, el rasgo distintivo de su empeño fue de irregularidad. Observó un marcado ausentismo, obtuvo calificaciones de regulares a bajas y registró un deficiente aprovechamiento al menos hasta los 11 años de edad. Y es comprensible que pocas cosas resulten más desagradables para un menor que la penitencia de asistir por la fuerza a un centro escolar que sólo transmite angustias y tensiones. Debe puntualizarse, sin embargo, que los profesores en ningún momento vincularon su referida irregularidad con alguna dificultad insuperable de aprendizaje o conducta. Queremos decir: nunca se aludió en las actas escolares a limitaciones intelectuales o incapacitantes para la aplicación escolar; antes bien, sólo se insistió en la ausencia por *ocupación*.⁴

Como muchos infantes de su medio social y geográfico, Plutarco debió contribuir de manera temprana en actividades familiares, en particular en el estancquillo de su padre adoptivo. No podríamos asegurar si tal quehacer —que llegó a ocupar gran parte de su adolescencia— fue causa o consecuencia de su irregular aplicación escolar. Lo que resulta indudable es que el hecho de

haberse retirado durante una larga temporada de las aulas (un año, a la edad de 10), y haberse dedicado de lleno y por obligación a los trabajos de la tienda de don Juan Bautista Calles, lo llevó a mostrar sin reservas su voluntad y carácter para sobreponerse a tal “castigo”. La decisión de retomar el camino de la escuela, en 1888, fue quizás —y permitásenos magnificar esta presunción— la primera de las muchas resoluciones memorables que habría de tomar en su existencia. Al reincorporarse a la vida escolar (en la Escuela Número Uno para Varones), se distinguió muy pronto por mostrar sensibles mejoras en el aspecto disciplinario y en especial en la aplicación y el aprovechamiento de sus asignaturas. No resultó casual que a partir de 1889 su admiración por el enérgico profesor Benigno López y Sierra y hacia el tío y padrino Alejandro Elías Lucero (dedicado a la docencia en Guaymas) obrara de manera determinante para optar por seguir la carrera magisterial.

Como haya sido, el hecho más significativo a los 20 años de edad fue la decisión de trasladar su residencia a Guaymas, con todo lo que tal elección implicó. Desde entonces (enero de 1898) “descubre” y asume como propia la trascendencia regional de la familia Elías (su abuela y sus tíos residían en el puerto), y se traza lo que pareció ser un amplio abanico de expectativas profesionales, sociales, cívicas y de negocios que antes (en Hermosillo) nunca llegaron a aflorar. En su primera rúbrica, al arribar a Guaymas y tomar posesión de su plaza de maestro, le da por agregar impensadamente el apellido Elías (con una *E* “encimada”: *Plutarco ECalles*) e inicia con inusitado afán sus viajes —que en lo sucesivo serían frecuentes— al norte de Sonora, a los terrenos seculares de la familia paterna.⁵ Al mismo tiempo, muestra una nueva disposición para aventurarse en los negocios y denota un vehemente deseo de movilidad social y de reconocimiento público. Guaymas y su familia paterna parecen ofrecerle la oportunidad esperada.

³ Dos ejemplos, elegidos en épocas diferentes, pueden localizarse en el Archivo Histórico del Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo, Son., tomo 855, Instrucción Pública, año 1884. Distrito de Hermosillo, expediente Segunda Escuela Municipal para Niños; y tomo 899, Instrucción Pública, año 1893. Distrito de Hermosillo, expediente Exámenes Generales y Premios.

⁴ Archivo Histórico del Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo, Son., tomo 855, Instrucción Pública, año 1884. Distrito de Hermosillo, Son., expediente Segunda Escuela Municipal para Niños.

⁵ Archivo Histórico del Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo, Son., tomo 936, Instrucción Pública, año 1897. Distrito de Guaymas, Son., expediente Escuela Número Uno para Varones, acta de octubre.